

Edición a cargo de Pedro Maino Swinburn

Epistolario decimal

Pedro Prado - Manuel Magallanes Moure



EDICIONES UC

Epistolario decimal

PEDRO PRADO - MANUEL MAGALLANES MOURE

EDICIONES UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE
Vicerrectoría de Comunicaciones
Av. Libertador Bernardo O'Higgins 390, Santiago, Chile

editorialedicionesuc@uc.cl
www.ediciones.uc.cl

Epistolario decimal
Pedro Prado - Manuel Magallanes Moure

Pedro Maino Swinburn

Con la colaboración de Amalia Redondo Magallanes
y Valeria Maino Prado

© Inscripción N° 2021-A-5079
Derechos reservados
Julio 2021
ISBN N° 978-956-14-2847-8
ISBN digital N° 978-956-14-2848-5

Diseño:
Francisca Galilea R.

Diagramación digital: ebooks Patagonia
www.ebookspatagonia.com
info@ebookspatagonia.com

CIP-Pontificia Universidad Católica de Chile

Prado, Pedro, 1886-1952, autor.
Epistolario decimal: Pedro Prado - Manuel Magallanes Moure / edición a cargo de Pedro Maino Swinburn.
Incluye notas bibliográficas.

1. Prado, Pedro, 1886-1952 - Correspondencia.
 2. Magallanes Moure, Manuel, 1878-1924 - Correspondencia.
 3. Cartas chilenas.
 - I. t.
 - II. Magallanes Moure, Manuel, 1878-1924, autor.
 - III. Maino, Pedro, editor.
- 2021 Ch886 + DDC23 RDA

Epistolario decimal

PEDRO PRADO - MANUEL MAGALLANES MOURE

Edición a cargo de Pedro Maino Swinburn



EDICIONES UC

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Epistolario decimal](#)

[Anexos](#)

Prólogo

El aislamiento al cual nos hemos visto obligados a raíz de la pandemia del covid-19 ha sido una novedad para las generaciones que coexistimos en la actualidad. Eso explica el desconcierto de muchos y la necesidad de copar este tiempo, aparentemente muerto, con toda clase de actividades y ejercicios. El vértigo parece ser la forma predominante de experimentar nuestra cotidianidad.

En este contexto, la lectura del epistolario entre los escritores Manuel Magallanes Moure (1878-1924) y Pedro Prado (1886-1952) resulta un refugio extraordinario, porque nos lleva de vuelta a un *tempo* distinto, reflejado no solo en la velocidad del tren de trocha angosta que unía la antigua Estación Providencia con el Cajón del Maipo, donde se retiraba Magallanes durante sus períodos de *spleen* (¡demoraba 3 horas!), sino también en un intercambio epistolar con largos días de intervalos, que causarían la desesperación de los frenéticos usuarios de los chats contemporáneos.

Ambos escritores vivían períodos de intensa actividad, seguidos de prolongadas etapas de aislamiento y reposo. Y estas cartas son los cables que permitían sortear el abismo que se abría entre ellos y el mundo durante estos retiros voluntarios de la realidad. Magallanes se escapaba a El Melocotón, al antiguo hotel que regentaba la señora Teresa Carvallo, y Pedro Prado se recluía en la torre de su chacra en la calle Mapocho 3981.

Estos dos amigos fueron piezas esenciales de Los Diez, cofradía artística que reunió a escritores, pintores, arquitectos y músicos chilenos que renovaron el ambiente local entre los años 1914 y 1924, y cuyos principales valores fueron el arte, la amistad y el humor. Celebraron exposiciones de arte, veladas artísticas-musicales, crearon una revista y la primera editorial moderna de Chile, inventaron a un poeta afgano del siglo XIX para mofarse de los críticos y soñaron con construir una torre en un peñón de Las Cruces. Dispusieron también de rituales secretos, un calendario propio y sendos símbolos mágicos, como la paloma y el unicornio, cuya creación risueña y ridícula es posible apreciar en estas cartas.

Manuel Magallanes hizo su aparición en el incipiente campo cultural chileno en los primeros años del siglo XX. A contrapelo de la estética modernista rubendariana, sus versos son de una gran austeridad y simpleza. Gabriela Mistral destacaba en ellos su pureza: «Pura, por la ausencia de didactismo, por un desinterés total de doctrina; pura por escrupulosa en la técnica y por ceñidamente sincera». Su poemario *Facetas* (1902) lo posicionó rápidamente en la escena y sus colaboraciones en las revistas culturales y periódicos de la época eran frecuentes. Publicaba poemas, cuentos y críticas de arte, e incluso trabajó como editor de la revista *Pluma y Lápiz* (1900-1904) y fundó el periódico *La Reforma* (1911-1916), de San Bernardo, lugar del que también fue alcalde. Durante las dos primeras décadas del siglo fue líder y representante de los escritores y fue jurado en los más prestigiosos premios literarios, como los «Juegos Florales» que reconocieron los primeros versos de Mistral en 1914.

Pedro Prado, por su parte, publicó su primer libro, *Flores de cardo*, en 1908, y hasta 1925, momento en que edita *Androvar*, que marcó el fin de su primer y más importante período de escritura, en el que exploró el verso libre, el poema en prosa, el ensayo, el cuento, la novela y el poema

dramático. Fue presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (1910), representante de la Escuela de Arquitectura de la misma universidad en los congresos estudiantiles de Buenos Aires (1910) y Lima (1912), fundó las revistas *Contemporánea* y *Juventud*, lideró el Grupo de Los Diez y fue director del Museo Nacional de Bellas Artes (1921-1923).

Se trata, probablemente, de los dos escritores más relevantes del campo literario chileno de la segunda década del siglo XX. La temprana muerte de Magallanes en enero de 1924 coincidió con el fin de la etapa más fructífera de la obra de Prado, y su retiro de la escena cultural como actor protagónico. Daban paso entonces al liderazgo de Gabriela Mistral, Vicente Huidobro y Pablo Neruda: la gran poesía chilena.

Su epistolario nos permite apreciar el nacimiento y desarrollo de su amistad a lo largo de trece años (1911-1923). Estas cartas se nos ofrecen como las huellas de un vínculo y permiten recrear, aunque sea una pequeña parte, esa comunidad de artistas que fue el Grupo de Los Diez.

Pedro Prado fue hijo único y perdió a sus padres siendo muy joven. Por eso, buscó en sus amigos a los hermanos que no tuvo. Y así se lo comenta a Magallanes, en diciembre de 1912: «Ha sido usted, lo supongo, persona dueña de buenas amistades. Yo, en cambio, a causa de mi retiro y salvo una o dos excepciones, exagerando el optimismo, no he tenido en el amigo el hermano cuya caricatura hicieron los Halmar y cuya realidad es, ahora lo veo, posible de obtener {...} He hablado de amistad, y tal vez no existan sino los amigos. Yo adivino que nosotros lo seremos». Y algunos años más tarde, vuelve sobre el mismo punto: «aunque nuestra amistad no data de mucho tiempo atrás, tengo por usted, y perdone mi confianza, el afecto que se siente por un hermano mayor».

Magallanes, a su vez, descubre en la amistad que nace entre ambos, un refugio: «¡Qué agradable es tener

confianza en alguien! Si es amigo, como usted, ¡qué descanso! La verdad que para mí, a lo menos, nada hay tan encantador como abandonarse, como entregarse».

Y a partir de esa confianza y afinidad, van compartiendo sus inquietudes. Chile vive un proceso acelerado de modernización, que en oportunidades los desconcierta. Magallanes, al llegar a La Serena y ver las nuevas edificaciones, comenta: «La maldita afición a lo nuevo ha arrasado con lo bello tradicional». Y después de rechazar el estilo arquitectónico de las nuevas construcciones, que califica de «pacotilla», se detiene en las viejas casas coloniales, cuyos grandes patios evocan una vida sosegada: «esa vida que seguramente usted y yo habríamos preferido a la inestable vida actual».

Prado también tiene una relación conflictiva con el presente: «El presente va siendo, para mí, algo que nada vale; charro, recortado, grotesco, burdo. Si no fuese que es el punto de apoyo para forjar fantasías y para recordar historias, yo lo aborrecería con toda el alma. Bien quisiera que no fuese broma lo que voy a pedir: ¡que se lleven el presente. ¡No lo queremos!».

Cada cierto tiempo les sobreviene a ambos el deseo de retirarse, poner freno a sus actividades. Y expresan en sus cartas ese estado: «Todo lo miro como sin verlo casi. Ni es fatiga, ni es hastío, ni es pereza. Vivo este instante sin vigor, nostalgia ni esperanza. Vivo a media vida. No experimento goce ni dolor. Si escribo es porque alguien me dicta», escribe Prado. Y Magallanes replica, en otra carta: «Mi vida es ahora lenta y apacible. Ni sufro ni gozo. Me adormezco a la hora del calor, me duermo a veces y a veces sueño cosas pasadas que suelen conmoverme mientras estoy dormido, pero ya no cuando despierto. Es buena también la tranquilidad...».

Cuando logran reunirse, cuando vencen el aislamiento, intentan convencerse de que trabajar juntos es posible: «En esa ocasión nos probaremos mutuamente (como en otras

posteriores) que la actividad y mérito de la labor literaria y artística no es ajena al influjo penetrante de la proximidad del amigo». «Y como no nos andaremos a trompadas para imponer cada cual sus ideas, el trabajo en común servirá para que sea más sólida la amistad que nos une».

Además de esa mansedumbre que los posee durante sus períodos de reclusión, Prado y Magallanes comparten también sus momentos de creación y goce, como cuando publican sus libros, logran pintar algo que los convence, celebran exposiciones o simplemente disfrutan vagando por la cordillera o los suaves lomajes de la costa de Cartagena.

Prado le promete enviar a su amigo su libro *Los pájaros errantes*, «que espero que usted lo considere solo en lo que es: una verdadera prolongación de esta carta. En realidad, casi todo lo que yo escribo son como cartas a mis amigos». Y luego, tras una reunión de Los Diez en el claustro, le confiesa: «Hemos hecho hoy un esfuerzo extraordinario por fabricar alegría y libertad. Simples aprendices así salían nuestras manufacturas. [...] ¡Quién sabe si nuestra fábrica es más que nada una usina donde se entretejen cosas que recordar!». Magallanes también informa de sus avances: «Concluí de sacar en limpio mis versos. [...] Tengo buen ánimo para continuar con la prosa y no desperdiciaré este buen ánimo. A ver si logro algo».

Y en esos días de buen temple, les nacía el deseo del viaje y la errancia, como describe Prado en una de sus cartas: «Pronto renacieron en mí mis eternos deseos de excursiones y largos viajes, por este mi país que tanto quiero. Y entonces me he acordado de usted como del compañero ideal, y en la imaginación me vi recorriendo los pueblos escondidos en una peregrinación que usted compartía con igual entusiasmo».

Los períodos de reclusión van progresivamente volviéndose más prolongados a medida que pasan los años y las cartas son la manera de mantener vivo el vínculo. Magallanes, cariñoso y regalón, le recuerda a su amigo:

«Porque así como otros necesitan para vivir buena comida, buen trago, buenos libros o buen aire, yo necesito cariño». «Tu carta me ha hecho la impresión de un abrazo. Un abrazo de esos en que los músculos se aplastan a través de la ropa y se moldean. Más hermano me siento de ti, y esto que tengo hermanos...».

La sobrevivencia de estas cartas, conservadas en el Archivo Pedro Prado de la Biblioteca de Humanidades de la Universidad Católica y en el Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional, nos permiten descubrir la intimidad de dos grandes artistas y reflexionar sobre el valor de la amistad y las formas de construirla.

PEDRO MAINO SWINBURN

EPISTOLARIO DECIMAL

«En realidad, casi todo lo que yo escribo
son como cartas a mis amigos».

PEDRO PRADO

Cartagena, 9 de marzo de 1911

Estimado amigo,

No es que me haya olvidado de su revista; es que no he tenido qué mandarle. Mis preocupaciones de constructor no me han dejado un respiro para pensar en lo que no sea maderas, piedras, adobes, etc. Afortunadamente -para mí, es claro-, el edificio avanza y pronto podré despreocuparme de él¹.

Recibí el n^o de marzo de la *Contemporánea*² y me parece espléndido. ¡Qué bello lo de Hofmannsthal! ¡Y lo de Swinburne! En fin, que es un número delicioso...

Calculo que el buen éxito será creciente y vuelvo felicitarlo.

Ahí van esos versos... Acéptelos o rechácelos. Siempre seré su amigo y compañero afmo.

M. Magallanes Moure

Luna de la media noche³

Luna de la media noche, soñolienta
luna que a la media noche te levantas
y penosamente elevas tu blancura
por sobre la oscuridad de las montañas.
Luna tímida que esperas la alta noche
para ascender con sigilo tu faz blanca,
luna de la media noche que en el cielo
eres como un ave herida que se arrastra.
Aguardaste que los ruidos se extinguieran,
Aguardaste que los ojos se cerraran,

Y ahora que todos duermen, tú apareces
Como una visión de ensueño, luna pálida.
Luna de la media noche que colocas
Un velo de claridad en mi ventana,
como eres, fue mi amor, blanco y furtivo,
Y un velo de claridad puso en mi alma.

M. Magallanes Moure

[La Serena, diciembre de 1912]

Señor Pedro Prado

Santiago

Querido amigo:

Navegué al venir durante veinte horas, veinte horas de mi vida que no olvidaré, me parece. Soñaba con esto, y lo mejor es que esta corta travesía me ha avivado el deseo de hacer otras más largas. He gozado como un niño. Todo ha sido novedad para mí, desde que salió el buque de Valparaíso hasta que llegó a Coquimbo. Mi amor al mar se ha robustecido con esta navegación; lo quiero más, acaso porque lo conozco un poco más también. Aun cuando el vapor era malo, no sentí el mareo; de modo que pasé trajinando el buque, de proa a popa, de babor a estribor, de la cala a la cubierta. Me tocó una noche de luna llena encantadora y luego una mañana de sol como de día domingo. En el mar, cuando hay sol, todos los días deben de parecer domingos.

Llegué a La Serena al anochece⁴. No hallé lo que creía encontrar. La maldita afición a lo nuevo ha arrasado con lo bello tradicional. El orgullo de mis paisanos es un edificio de tres pisos, estilo pacotilla (no sé qué otro nombre dar a estos edificios cuyo estilo consiste en no tener ninguno).

Quedan, sin embargo, algunas casas de aspecto señorial, con frontones de piedra, adornados con medallones y escudos coloniales. Hay grandes patios evocadores de una

vida sosegada, de esa vida que seguramente usted y yo habríamos preferido a la inestable vida actual. Quedan siempre las hermosas flores de esta tierra semi-oriental. He visto también algunas bellas mujeres... Pero, me soñaba otra cosa. (No respecto a las mujeres, sino a la ciudad misma.)

Hay también el mar. Está a más de diez cuadras del centro y se va a él por un camino orillado de las grandes acequias mal olientes, que llaman la Alameda. Hago el trayecto a la plaza dos veces al día, por la mañana y por la tarde. Por cierto que allí no va nadie, lo cual aumenta la hermosura del paseo. A veces veo entrar o salir buques de Coquimbo.

Hago, pues, una vida a mi gusto. Me molesta, sin embargo, la curiosidad que despierto en ciertas gentes. Señoras hay (ancianas, se entiende...) que desean conocerme, y me lo han hecho saber, porque creen que soy muy entretenido. Tengo momentos de gran aburrimiento, y también de gran tristeza. Creo que no se alargará mucho mi permanencia aquí. Saludo a su señora, un cariño a los chicos y un abrazo para usted.

Su afmo. amigo,

M. Magallanes Moure

Al abrir su carta partí en dos el párrafo del amigo Ramos. En verdad, las frases son matizadas. Eso de la Gaya Ciencia me delició... No he visto *La Unión*. Únicamente *El Diario Ilustrado* llega aquí. En todo caso, son opiniones *pour rire*.

¿No se ha vuelto a caer mi colega?

Hágame el servicio de pedirle a don João *El Mercurio* y *Mundial* y me los manda, a casilla 448, Serena. Se lo agradeceré.

La Serena, 5 de diciembre de 1912

Señor d. Pedro Prado

Santiago

Querido amigo,

Resuelvo su consulta: la carta de *Mundial* envíemela, si es posible certificada, pues me temo que traiga una letra (de cambio)...

La otra, si es para algún Magallanes, póngale Casilla 533; si no es para algún Magallanes, tenga la bondad de dirigirla a mi casa, Nataniel 457. Todo esto, S.V.P., naturalmente, y con mis agradecimientos.

Mañana hago una excursión a caballo. Voy a la Punta de Teatinos, uno de mis sueños de niño. En aquellos tiempos oí yo hablar de este paraje como del paraíso. Voy con cierta pena: será un ensueño menos.

¿Y Navia? ¿Ha ido a Navia? El tren de Coquimbo me ha hecho recordar aquel de su tierra, por el tamaño. Este no echa tanto humo, sin embargo.

Cuando venía en el buque, a la altura de Tongoy, me llamó la atención algo liviano y vivo que llevaba el viento sobre el mar. Mirándolo mucho caí en la cuenta de que era una mariposita extraviada. ¿Cómo llegó a alejarse tanto de la tierra? ¿Creyó que el mar era un gran jardín? Le comunico esto porque quizás puede usted aprovecharlo en su ensayo⁵. ¿Se ha vendido el libro⁶?

Hay una mujer que a los dos días de casada -dos o doce, no estoy cierto- se separó del marido. Es una mujercita reidora, algo animalesca en su expresión: perrita, yegüita, no sabría determinarlo. Y es buena moza. Ha manifestado deseos de que yo le sea presentado. Yo al saberlo me he puesto a temblar. Tengo miedo de escribir más versos de deseos. Cuestan caro, demasiado caro. *El jardín secreto*⁷ me costó la felicidad.

Salude a Guzmán⁸ y no olvide censurarle el vinoco, despertador de malos deseos. Si llegan nuevas cartas, mándemelas todas, cambiándoles únicamente la dirección.

Salude a los suyos y hasta luego

Su afmo. amigo

M. Magallanes Moure

La Serena, 19 de diciembre de 1912

Señor Pedro Prado,

Santiago

Querido amigo, muchos días hace que estaba por escribirle; desde antes de los telegramas aquellos, que parecían destinados a llevarse el poco pelo que me queda.

Me creerá usted si le digo que ha sido una verdadera contrariedad para mí el no poder poner a su disposición la casucha -casi escribo la casa...- de Cartagena. Telegrafíé a mi familia ese mismo día y ayer me contestaron lo que ya debía saber usted probablemente, esto es, que la casucha estaba comprometida con mi cuñado Álvaro, hombre de edad y de achaques, a quien debemos consideraciones especiales. Fue el único en nuestra familia que nos protegió, a mi mujer y a mí, cuando todos se oponían a que nos casáramos⁹. Creo que no tengo para qué, mi estimado Pedro, darle mayores explicaciones. Bástele saber que me habría agradado mucho ofrecerle mi rancho, para usted y los suyos, y que el no poder hacerlo me contraría, se lo repito. ¿Qué hacer?

La vie c'est comme ça!

La vie... la vida en esta adormilada ciudad es de una calma escandalosa. Todo duerme aquí, o, por lo menos, tiene sueño. Me he dado cuenta de esto en las pocas horas que paso en la ciudad, porque la mayor parte del tiempo o estoy en la playa o duermo...

Por la mañana me voy a la mar, en compañía de mi prima Marta¹⁰, buena compañera, a pesar de ser una muchacha buena moza y regalona. La vi nacer, la vi crecer, de modo que toda sonrisa maliciosa está demás. Nos queremos, buenamente -se lo digo en serio- y si jugamos continuamente en nuestras excursiones solitarias, siempre lo hacemos como dos niños. (También yo tengo algo de regalón.) Cuando estoy con mi prima en la playa, me dan deseos de cantar y cantamos juntos, en la seguridad de que nadie nos oye.

A veces nos interrumpe el canto la vista de algo que pasa por la mar.

-¡El lobo! ¡Mira el lobo!

-¡No! ¡Si es tonina!

-¡Es lobo! ¿No ves cómo asoma la cabeza?

-De veras...

Más allá de las olas, en la mar pesada, asoma y se esconde la cabeza oscura del lobo, barnizada de cielo.

Otras veces, un barco que sube de Coquimbo, apegado a la costa, fumando su gran puro.

-¡Va al norte!

-Al sur!

-¡Vas a ver!

-Veremos...

El barco se perfila en la mar libre, se aleja de la tierra. Se comprende que va ligero y sin embargo se mueve con una lentitud... En la popa fórmasele un torbellino blanco. Va a virar.

-¿Ves cómo va al sur?

-Sí. Ganaste.

Otras veces, un velero, allá en la línea del horizonte, con todo su ropaje al viento, caminando sobre la mar como un fantasma, como el Cristo del milagro.

-Parece que viene...

-Creo que pasará de largo.



Anfión Varela Moure, Marta Varela Moure, Manuel Magallanes y Horacio Varela Moure, La Serena, enero 1913.

(Esta cuestión queda sin solucionarse porque el sol se entra, se acaba el día, regresamos, y el fantasma sigue inmóvil en el horizonte, como si se hubiera dormido en pie).

Hemos inventado con la prima Marta un juego que nos divierte mucho. Tendidos en la arena, paralelamente uno al otro, trazamos dos rayas, también paralelas y colocamos una piedra en el centro. Luego, con mi mano cojo la de ella y en tal forma que solo nos quedan libres los dos cordiales, que son los más aptos para el juego. Enseguida, Marta se empeña en que la piedra pase la raya de su lado y yo en que pase de la mía. Es delicioso. Yo propuse que bautizáramos este juego con el nombre de *hand-ball*, pero Marta, más sabedora que yo del idioma inglés, ha determinado llamarlo *hand-stone*. Y así se llama ahora.

Lo autorizo para que enseñe este juego de niños buenos a su señora, pero siempre que reserve el origen.

Ya se corre en La Serena que me caso con la prima Marta...

-

Un millón de gracias por las cartas, revistas, etc. Me quedé esperando *Selecta*. ¿Me acontecerá lo mismo con *Chile*? Celebré cordialmente el premio de Armando Donoso¹¹ y hasta le puse telegrama. Ignoro si lo recibió. Se lo dirigí al Ministerio. También he celebrado la buena venta de *La Casa Abandonada*¹². Delicioso el artículo de Yáñez Silva.

Le copio los versos que he escrito desde que estoy aquí:

Fiesta de pájaros hay en la mar.
Vienen y nunca dejan de llegar.
Sobre las olas se han puesto a rondar
en un vuelo largo y circular¹³.

¿Le gustan? Escribame. Creo que regresaré el próximo año.

Su amigo afmo.

M. Magallanes Moure

Santiago, 22 de diciembre de 1912

Sr. Manuel Magallanes M.,

La Serena

Mi querido amigo, llego en este momento de casa de mi suegra, donde almorcé¹⁴. ¡Qué mediodía más caluroso! El aire vuela atontado, espeso de olores por las aguas y basuras que fermentan al sol. Me vine lentamente, para no sofocarme, aprovechando las angostas lengüetas de sombra que dan los aleros de las casas. Las calles todas silenciosas, amodorradas. Por las puertas abiertas de par en par, se divisaban los patiecillos modestos con sus bambúes verdes. Yo no sé cuál es la causa de este aburrimiento que me sobrecoge. Aburrido y cansado y triste. Una tristeza que no proviene de ningún accidente determinado de mi vida, sino una tristeza de la vida misma. Callada y vacía está la casa en esta tarde de domingo. La Adriana y los chicos, en casa de mi suegra. Las sirvientas qué sé yo dónde. El escritorio, con su aire encerrado, está tan quieto que siento en los oídos una especie de sonido levísimo y constante que acaso es mi sangre que se escurre.

Un placer fue para mí, recibir o encontrar su carta. No se preocupe usted por la casa de Cartagena, porque le asiste toda la razón al arrendársela a su cuñado.

Me han entretenido y hecho pensar la relación que me hace de la laxitud provinciana, del mar contemplado desde la playa solitaria, de la buena y hermosa prima Marta que